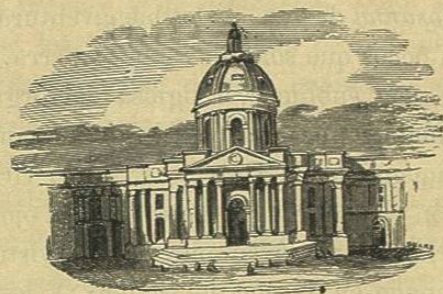


rio, y en su corazon miran renacer la esperanza y la fé. . . . La virtud se fortifica, el dolor se olvida, y nace el arrepentimiento de haber dudado impíos de la misericordia divina.

Resuenen las flautas en los campos, resuene el piano en los salones; pero escúchese siempre en el templo la voz misteriosa del órgano, porque ella aviva la fé, porque ella mitiga el dolor del desgraciado.

1850.—FRANCISCO ZARCO.



LA ESPOSA DE DIOS.

I.

¡VEIS los cándidos celages
Que nacen en el Oriente,
De nuestro cielo esplendente,
Con el albor matinal?
Pues mas bella vino al mundo,
Desde la mansion suprema,
Con su virginal diadema,
La divina Soledad.

Ostenta trenzas de oro,
Pupilas color de cielo;
A veces lleva por velo
La púrpura del pudor:
Es gallarda como el tallo
De la flor de Galilea,
Cuando en el jardin pasea
Al nacer el claro sol.

La atmósfera que la cerca
Impregna siempre de aromas,
Y las nevadas palomas
Envidian su agilidad;
Sus palabras son tan dulces
Cual los trinos de las aves
Que resuenan en las naves
De una santa catedral.

Va creciendo tan hermosa
Cual la azucena del prado,
Sin que el huracan helado
Agostare su candor.
Parece el ángel de guarda
De su madre encantadora,
Por quien en las noches ora
Al Omnipotente Dios.

En sus juegos inocentes
Persigue las mariposas,
Por bosquecillos de rosas,
Hasta apresarlas al fin;
Pero al ver que entre sus manos
Mueren estos insectillos,
Con mil suspiros sencillos
Muestra su pena infantil.

En sus ensueños divinos
Se remonta hasta los cielos,
Atravesando esos velos
De celages de color:
Allá recibe caricias
De la Virgen Soberana,
Y al despuntar la mañana
Desciende á su habitacion.

II.

Cual luna de Mayo que llena se ostenta
Despues de mirarla por grados crecer,
Así nuestra jóven sus gracias aumenta,
Que un pecho de mármol podrán conmovier.

Su frente revela preclaro talento,
Brillando sus ojos con grato fulgor;
Despiden sus lábios suavísimo aliento
Que embriaga las almas de célico amor.

Pasaron los días tranquilos de infancia
Que su alma inundaron de puro placer;
Pasaron robando la dulce fragancia,
De flores que ornaban sus sienes ayer.

Ya no le divierten las aves canoras,
Ni el cielo, ni el campo, ni el aura sutil;
Tambien le parecen cansadas las horas
Que empieza á brindarle la vida de Abril.

Y buscan sus ojos con ansia infinita,
El ser que forjaron sus sueños de amor;
El ser invisible que su alma marchita,
Y llaman sus lábios con dulce temor.

Un piélago inmenso de casta ternura,
Parece que el seno le va á sofocar,
En tanto ella aguarda la bella criatura
Que venga sus males, por fin, á aliviar.

Durante una tarde, cuando ella dormía,
Soñando en aquella brillante vision,
Despierta gozando de suma alegría,
Al ver realizada tan dulce ilusion.

Un jóven descubre postrado á sus plantas,
De hermoso semblante, de talle galan;
Le dice palabras tan tiernas y santas,
Que pronto la atrae cual mágico iman.

Despues se juraron amor infinito,
Amor que derrama delicia inmortal;
Presente del cielo tan puro y bendito,
Que nunca manchara la sien virginal.

Y juntos respiran las brisas templadas,
Que halagan sus rizos con ténue vaiven,
Y llevan sus alas de olores bañadas,
Que nuevos deleites les brindan tambien.

Jamas contemplaron un sol tan ardiente,
Como ese que ahora los baña de luz;
Jamas su mirada se vió mas luciente
Que ahora que brilla sin flébil capuz.

Las linfas brillantes de fuentes dormidas,
Sus tiernas caricias de cándido amor,
Retratan gozosas con líneas pulidas,
Cual nunca pudiera sublime pintor.

Olvidan, en tanto, que ecsista en la tierra
Aún el amargo recuerdo del mal;
Pues solo en su pecho la gloria se encierra,
Y ardiente creencia de que es eternal.

Tambien la delicia profunda del alma
Destruye la vida cual crudo dolor,
Y siempre del pecho turbaron la calma
Los raptos contínuos de férvido amor.

Así como Julio les roba á las flores,
Con rayos de fuego su aroma fugaz,
De aquestos amantes los ígneos amores,
La vida consumen con dicha falaz.

Se sienten enfermos del mal de ternura,
Que va redoblando su dulce vigor;
Será su agonía suprema ventura,
Pues mueren escentos de pena y dolor.

Tan luego que el día se aleja del mundo,
Dejándolo lleno de sombra y pesar,
El jóven sucumbe con gozo profundo,
Sintiendo por ella su frente besar.

Resiste la vírgen al soplo de muerte
Que vuela amagando su pálida sien;
Que el pecho del hombre tan solo es muy fuerte
Si el mal lo combate, muy débil si el bien.

Es obra difícil el ir agotando
La inmensa ternura de hermosa muger,
Pues siempre su pecho la está destilando,
Sin grandes esfuerzos que tenga que hacer.

Mas pronto su vida consume la pena,
Cual hielo temprano magnífica flor,
Que apenas marchita la brisa serena
Que viene á robarle su plácido olor.

De aquel largo ensueño de gozo infinito,
Entónces despierta la jóven beldad,
Que escucha con miedo tronar aquel grito
Del duelo que dice: «¡Por fin, despertad!»

Y busca á su amante del lloro inundada,
Que en ella vertiera terrible dolor;
Despues se contempla, sin fin, condenada
A bárbara pena, tristeza y horror.

En vano á la muerte con júbilo llama,
La muerte se aleja con fiero pesar;
Que el duelo en sus venas ardientes derrama
Vivífico gérmen que la ha de sanar.

El mal de martirios por fin contraría
El mal de divinas delicias de amor;
Aqueste una muerte gozosa daría,
Y aquel con tormentos le vuelve el vigor.

III.

Modelo es de virtudes, de uncion es raro ejemplo,
Allá dentro del templo la vírgen Soledad,
Huyera de su frente la atroz melancolía
Que ha poco oscurecía su mágica beldad.

Con una toca negra se ciñe la cabeza;
Realza su belleza blanquísimo sayal;
Pendiente lleva al cuello, de Dios la imágen santa;
Desciende hasta su planta su púdico cendal.

Del cielo en el zafiro los ojos ella fija;
Las manos enclavija con místico fervor;
Y brotan de sus lábios mil rezos inocentes,
Que son ecos fervientes de angélico candor.

En éstasis divinos se arroba con frecuencia,
Volando á la presencia de su Esposo Eternal;
Al verla allá en los cielos el angélico coro,
Toca en arpas de oro una marcha triunfal.

En los revueltos mares de bárbaras pasiones,
Al soplo de aquilones flotaba sin cesar,
Sin encontrar un puerto, sin descubrir un faro,
Que le prestara amparo si fuera á zozobrar.

Cuando iba ya á tragarla con sus olas el Ponto,
Se abraza ella de pronto del leño de la Cruz,
Y entónces en su pecho se enciende sin tardanza,
Un rayo de esperanza de sacra y viva luz.

En la quietud del claustro sanó de sus pesares;
Al pié de los altares recobra su placer;
Trocó su amor profano por ese amor divino,
Que alumbra su camino que empieza á florecer.

Desde este sacro asilo percibe sin temores,
Los cantos pecadores de impura sociedad,
Cual el marino jóven escucha, desde el puerto,
El fúnebre concierto del mar en tempestad.

Está siempre gozando de dichas celestiales
Que no producen males y aumentan la salud,
En vez de esa ventura temible de la tierra,
Que en cambio nos destierra por siempre al atahud.

Por el párvulo tierno, lanzado por su madre,
Pide ella al comun Padre de toda la creacion;
Y le consigue siempre la maternal ternura,
Que cifra su ventura en darle proteccion.

Tambien por sus esfuerzos la impúdica ramera,
Dejara su carrera de tráfico sensual;
Despues, viviendo escenta de aquel remordimiento,
Que alejaba el contento de su alma criminal.

Y la débil doncella que lenta se aprocsima
A la tremenda sima, sepulcro de su honor,
Merced á sus plegarias, su pérdida presiente,
Huyendo de repente del diestro seductor.

Mil veces el Eterno, por castigar al hombre,
Que escarnece su nombre negando su poder,
Lanzara hácia la tierra mil rayos vengadores,
Mas ella sus furores trocó siempre en placer.

Vosotros, pecadores; vosotros, desgraciados
Que os sentís estenuados á fuerza de sufrir,
Pedid el patrocinio de aquesta vírgen pura,
Que trocará en dulzura vuestro crúel vivir.

México: 1849.—MARCOS ARRONIZ.

